

EL PASEO DE BARCELONA

Nunca, hasta este momento, el escritor había manifestado en estas páginas querencia o desacuerdo alguno con la cuestión de los árboles del Paseo de Barcelona. Le parecía —y le sigue pareciendo— una cuestión un tanto lejana y desde luego muy desorbitada. En este país paradójico donde la gente no acostumbra a preocuparse de nada, basta encender una cerilla para que revivan las historias medievales de los grandes y clásicos odios. Los bandos se dividen de una manera limpiísima e igual que el queso que ha partido el cuchillo, ya es imposible volver a unir las partes, porque el regusto de la cola estropearía la comida. Es curioso este extremismo con corazón y sin cerebro, pero es una constante de nuestra raza. Ahora, otra vez más, la ciudad está en desacuerdo y las dos partes se muestran lejanas y opuestas hasta un extremo que llega a provocar la risa. Unos señores quieren cortar los árboles a pesar de todo y otros dejarlos cueste lo que cueste. El diálogo es el de costumbre. La infravaloración mutua y el desprecio absoluto por las ideas del "enemigo". Buscar la comprensión, la voz justa, la solución más equilibrada no interesa a nadie. Ahora hay que estar con los árboles o en contra. Y sin embargo así no se soluciona nada. Al triunfalismo de unos sucede el de los otros. Y todo el mundo espera reír el último, no para poder contar con una solución aceptable sino para "compadecer" a la oposición. En estos momentos la razón la tiene el que más grita.

La voz del pueblo, que puede ser la de Dios o el diablo, va diciendo ahora que los árboles están ya subastados y adjudicados. Esto, de ser cierto, es de una falta de seriedad absoluta, y de ser suposiciones, barajándose como se barajan, nombres, es, cuando menos, una broma pesada. La realidad concreta es que tenemos unos árboles preciosos, únicos en Cataluña, situados en un paseo que es carretera. Arreglemos o no arreglemos este tramo convirtiéndolo en una miniautopista, lo cierto es que el problema del tráfico quedará donde está ya que para un futuro inmediato es inconcebible contar con nuestra vía urbana que hace las veces de carretera. A la larga el problema tiene la solución que se ha buscado en todas las ciudades que han pensado un poco con la cabeza. El desvío de circunvalación. Si cortamos los árboles y años después llega esta inevitable carretera, ¿qué habremos conseguido? Mírese por donde se mire, la única entrada de categoría que nos queda es la del Paseo de Barcelona. Arrasada la carretera del campo de fútbol, arrasada nuestra entrada por la carretera de la piscina —donde, por cierto, pronto habrá que replantearse el problema de árboles sí, árboles no, ya que la dejadez es total y los rebrotes empezarán pronto a tener ramas— estamos convirtiendo las entradas a Olot, en la llegada a un desolado y yermo pueblo andaluz.

Los árboles hay que guardarlos, agotando hasta la última posibilidad para ello. Eso aquí y en donde estén. Los árboles son patrimonio moral y real de todos los olotenses. Guardar sus vidas en tanto sea posible es cuestión que no admite discusión. Entregar un proyecto para el arreglo del Paseo de Barcelona a un ingeniero de Obras Públicas, equivale a poner la salvación de un reo en manos del verdugo. Antes de llegar a cortar los árboles e invertir millones en el "arreglo" del paseo, hay que comprobar qué hay sobre la conveniencia de una carretera de circunvalación. Cuántos millones más de lo presupuestado habría que invertir y cómo saldría ganando o perdiendo Olot. De momento, lo que sí nadie discute es la conveniencia de podar, arreglar y adecentar aquellos árboles que parece han sido abandonados expresa-

mente para provocar protestas. Impedir que se corten más árboles, que también fue una política encaminada a desprestigiar el paseo. ¿Y por qué no encargar el proyecto de una doble vía? O desviar el tráfico pesado. Lo que desde luego no hay que tener en cuenta son posturas extremas en uno u otro sentido, y menos cuando algunas de ellas se mueven por intereses particulares. Nos extraña, por ejemplo, que algunos de estos paladines del "fuera árboles", no protesten por el puente de La Cerámica, que esto sí que es una aberración sin sentido y sin razón ornamental alguna. Es sintomático que se pueda arrancar un presupuesto de obras públicas para cortar los árboles y no para quitar el puente que es el estorbo más espectacular y vergonzoso de toda nuestra red de carreteras provincial. En fin, hay cosas que miradas de canto parecen flautas.

Otra cuestión que —gracias a la razón— va inculcándose en el mundo de las ideas urbanísticas es que no hay que supeditar todo a los coches. Las ruedas, que han cambiado el mundo pero no lo han mejorado tampoco, no pueden tener prioridad. Por encima de la gasolina está la sangre, por encima del humo, el aire respirable, por encima del hierro la materia viva. El hombre ha vivido tan obsesionado por el fenómeno social que ha representado el coche que —sin quererlo— lo ha puesto por encima de sus propias necesidades. E incluso por encima de sus más metafísicas y elementales premisas vitales. Parece que se está abandonando —entre la clase pensante de nuestro mundo— esta preferencia, esta prioridad. Afortunadamente porque el esclavizaje del coche no tiene parangón en la historia. En Nueva York, la Quinta Avenida, el corazón automovilístico del mundo, ha sido parcialmente rescatado por el hombre. Un día a la semana se cierra todo tipo de tráfico rodado. Cada día son más las ciudades inteligentes que cierran su barrio comercial al tráfico. El Congreso de Urbanismo de la Costa Brava, se ha manifestado en el sentido de no supeditar al coche las futuras realizaciones. Despacio, pero incontestablemente, el hombre está llegando a una etapa de demitificación automovilística. Precisamente cuando en nuestra ciudad se pretende cortar árboles para dejar vía libre a estos monstruos de acero.

En fin, existen una enorme cantidad de argumentos que aconsejan prudencia en esta cuestión. A convertir nuestra ciudad en un pueblo sureño, estamos a tiempo siempre. Conservarle el aire de lo que es y ha sido siempre, es misión mucho más comprometida. Estos árboles, a la postre, pertenecen a toda la ciudad. Si llegara el momento de decidir, ¿por qué no recurrir al plebiscito popular, como apuntaba un colega desde estas mismas páginas? (Lo que no se puede consentir es que la opinión de unos cuantos prevalezca en uno u otro sentido. Y menos en que discutiendo discutiendo, el Paseo se quede sin adecentar, empresa que hace años debería haber sido iniciada, de no existir esta política de dejar que los árboles se destruyan a sí mismos.

Abogar por la destrucción de los árboles amparándose en el socorrido "a mí también me gustan los árboles" frase que es el último invento de los arboricidas, no nos parece noble. Existen soluciones y hay que emprenderlas. Los árboles son un orgullo para Olot y una institución. A nadie le ha pasado por la mente destruir la Parroquia de San Esteban para tener un solar amplio y céntrico para aparcamiento. Nadie puede supeditar unos árboles a las exigencias de unos coches y menos cuando hay otras soluciones a mano tan caras como suprimirlos, pero mucho más eficaces, positivas y cara a un Olot más grande.